

# CLIO

REVISTA BIMESTRE DE LA ACADEMIA DOMINICANA  
DE LA HISTORIA

Acogida a la franquicia postal.



FASCICULO V.

SEPTIEMBRE Y OCTUBRE

AÑO 1935.

## Academia Dominicana de la Historia

### ACTO ACADEMICO

Celebrado en la Sala Baralt de la Biblioteca de la Ciudad el  
Día 12 de Octubre de 1935.

Discurso de ingreso leído por el Lic. Emilio Rodríguez Demorizi,  
Individuo de Número de la Academia

Damas y Caballeros,

Señores Académicos:

Mis primeras palabras sean testimonio de perdurable gratitud para los doctos académicos que me hicieron la gracia de llamarme al seno de la Academia Dominicana de la Historia, sin que me adornasen otras credenciales que los propósitos de mi juventud entregada fervorosamente al amor de los libros, de la historia y de las letras nacionales.

Cuando llegó hasta mí la inesperada rueva de que había sido objeto de honor tan señalado, inutilmente quise que fuese otro el elegido. Mi negativa debió desvanecerse ante el reclamo imperativo y generoso que ahora me sirve de escudo para que mi elección no os parezca ilegítima: "que junto a los maestros bien cabía la faena del discípulo". Con esta calidad estoy entre vosotros, y con ella participaré siempre de vuestras deliberaciones.

Es, empero, más ponderosa la carga del honrador destino confiado a mis escasas fuerzas, puesto que vengo a llenar el vacío dejado en hora triste por aquel varón austero que de artesano humildísimo fué serenamente por la escala del esfuerzo y la virtud hasta lograr sitios eminentes en el magisterio y en la magistratura, y a quien las musas le ofrecieron la gloria de arrancar de su lira, como suprema gestación poética, el Himno de la Patria.

Para la devoción de los dominicanos don Emilio Prud'homme no era únicamente el ilustre rapsoda; lo que Tirteo para Grecia o lo que Rouget de Lisle para Francia. El era también silencioso apóstol de la enseñanza que educaba con la palabra y el ejemplo, magistrado integérrimo, orador mayestático en las tribunas del civismo, prototipo de humildad que llegó hasta la altura sin envanecerse de sus alas, corazón incontaminado en las lobregueces de la vida pública, alma sencilla y diáfana en la que estaba perennemente encendida esa luz pura que vierte claridad benéfica sobre las otras almas. De su semblante y del severo aliño de su persona emanaba cierta invencible sugestión que sujetaba los corazones a la veneración y al respeto, como si en él hubiese algo de sagrado; como si las viriles estrofas de su himno hubiesen reflejado en él parte de su augusta solemnidad.

El más valioso elogio que puede hacerse de Prud'homme es proclamar que si los épicos versos del Himno Nacional le conquistaron sitio de honor entre los dominicanos inmortales, en cambio él se hizo merecedor de tan excelsa gloria, al consagrarse plenamente al ejercicio de sus altos ministerios de sembrador de virtudes y enseñanzas, en el hogar, en la escuela y en la Patria.

Su noble espíritu, que al desatarse de la carne percedera causó a esta Academia sus primeros duelos, sírvame de amparo en mi disertación sobre el egregio Fundador de



la República, como una mano invisible paternalmente extendida a mi torpeza.

### EN TORNO A DUARTE.

Un hombre esclarecido, el de mejores prendas intelectuales en la empobrecida colonia española de Santo Domingo, recogiendo en su espíritu batallador el eco de las contiendas en que se debatían los pueblos de la América del Sur quiso poner su grano de arena reluciente en la empresa emancipadora encabezada por Simón Bolívar, y así lo hizo para gloria e infortunio de su Patria. La bandera que señoreara por tres siglos en la isla que fué altar mayor del descubrimiento y la conquista del Nuevo Mundo, sustituyóla por la bandera de Colombia. Era nuestra primera y breve independencia, que por fatalidad incontrastable había de trocarse en noche de esclavitud y de ignominia.

Puede afirmarse que esa libertad efímera tuvo su génesis en la Real y Pontificia Universidad de Santo Tomás de Aquino, en cuyo claustro se había cimentado el prestigio que le fué menester al Dr. Núñez de Cáceres para realizar su pensamiento. Por ello, al destruir la naciente nacionalidad, Boyer comprende que es urgente apagar esa antorcha, capaz de renovar la luz que produjera la transformación política de que se aprovechara por los fáciles medios de la fuerza y de la astucia, con el quimérico empeño de sujetar definitivamente, al mismo yugo, dos pueblos de radicales diferencias.

El dominador haitiano concibe entonces el plan de embrutecer, diezmar y envilecer el país conquistado; manifiesta ardientes ansias de visitar la célebre Universidad; reúne en claustro pleno los maestros y los cursantes de las diversas facultades. El Jefe haitiano se muestra en la asamblea con aparente afabilidad, pero con rabia reprimida pronuncia su cortés alocución: parabienes para el profesorado; seguridades "de que tiene sumo interés en conservar ese núcleo del saber humano"; y promesas de que "bien presto enviará a estudiar un número de jóvenes haitianos, para que con la unidad de doctrina adquieran un lazo de perpetua unión (1)". Pero no bien ha dado la espalda a la ciudad absorta, cuando el General Borgella manda cumplir las inflexibles órdenes del Presidente: la conscripción general de la floreciente juventud dominicana, comprendiendo en primer término a los estudiantes universitarios. Era una luz apagada violentamente entre las nieblas de un naufragio. De nuevo el éxodo ponía su indecible tristeza

en el corazón de los dominicanos. Letrados y estudiantes fueron entonces a reflejar sobre otras playas los últimos destellos de nuestras viejas glorias intelectuales y a florecer en ambientes más propicios.

No se le escapaba al asunto Boyer que su dominación sería más fácil y duradera sobre un pueblo sumido en la ignorancia y falta de medios para obtener la más rudimentaria ilustración, que sobre una sociedad en cuyo seno se formaba, instruyéndose día por día, una brillante juventud que le habría sido imposible sujetar a su absoluto señorío. Y así, durante largos y angustiosos años, la vida de los dominicanos era como una elegía inacabable o como un viacrucis en que no se columbraba la final angustia del calvario ni esperanzas de remota resurrección.

En lo más espeso de la dominación, cuando en los connubios forjados por violencia o desmedrado amor comenzaban a mezclarse los descendientes de los conquistadores españoles y los antiguos siervos de Francia, llegó el predestinado, el que debía deshacer la obra de Boyer.

Así como en las revoluciones que sacudieron a Francia e Inglaterra y en las que tuvieron por consecuencia la emancipación de las Américas, fué preponderante y decisiva la intervención de los intelectuales, el destino le reservaba a un hombre de letras la reudentora empresa de operar la mutación política de la antigua Española. JUAN PABLO DUARTE venía de "caldear el alma varonil al sol de sus antepasados", según la bella expresión de Monseñor Meriño, y de contemplar con los ojos del alma puestos en la esclava tierra natal, las luchas por los fueros y libertades de Barcelona que honda impresión hicieran en su espíritu, allá mismo impregnado para siempre del misticismo de Raimun Lulio, que flotaba entonces con toda su divina fuerza en el ambiente de la invicta y soñadora Cataluña. Hablo de Raimundo Lulio porque hay algo en Duarte que lleva el pensamiento hacia el místico poeta catalán de cuya alma brotara, como agua mansa y cristalina, el "Cántico del amigo y del amado", y que en los años de su ardiente mocedad entró a caballo en la Iglesia de Santa Eulalia, tras la esquivia enamorada, con espanto de sacerdotes y feligreses.

Ese misticismo, "propio y exclusivo de algunas almas selectas,—como dice Menéndez y Pelayo,—desasidas de las cosas terrenas, y muy adelantadas en los caminos de la espiritualidad", florecerá luego en la vida de Duarte, como la más hermosa y sugestiva exteriorización de su grandeza de alma y de su exquisita sensibilidad.

Así como Boyer estimó necesario para hacer sólidas las cadenas de su dominación hun-

(1) Bosquejo histórico de las invasiones haitianas sobre nuestro territorio. Boletín Oficial, Núm. 155, 11 Feb. 1871. Santo Domingo.



dir al pueblo dominicano en los antros de la ignorancia, Duarte consideró que para redimirlo era indispensable ilustrar a sus ciudadanos. Esa fué su labor inicial y su primer apostolado. Sin distingos de riqueza, de color ni de abolengo, congregó la juventud en torno suyo para ofrecer la luz de sus conocimientos que eran, entre sus contemporáneos, los más avanzados de la época. La palabra del maestro iriase convirtiéndose gradualmente en la vehemente palabra del patriota, hasta lograr que en cada discípulo hubiese un camarada decididamente presto a secundar su pensamiento de forjar la nacionalidad dominicana. Este fué el más grande y luminoso ideal de Duarte; que la patria naciera de la escuela. Ideal en parte realizado, porque ella nació del alma del maestro y del corazón de sus discípulos.

Tras la entusiasta faena del educador comienza la arriesgada empresa del revolucionario y del político. "Todo lo tengo meditado", decía entonces el futuro patriota, y observa Serra "que tenía Duarte organizada la idea con tanta prodigalidad y con tanta previsión, que bien se conocía que el proyecto bullía en su cabeza desde mucho tiempo (2)." Un día de fiesta de la Iglesia, el 16 de Julio de 1838, funda la sociedad patriótica La Trinitaria, como si necesitara que ella surgiese unguida con el óleo y el fervor místicos de la solemnidad cristiana. Con reminiscencias de la orden religiosa y militar de los Templarios, creada en tiempos de las expediciones a Tierra Santa, La Trinitaria se constituyó para emprender la cruzada de la liberación dominicana. Partió de ella esa invisible red entretegida sabiamente por el mismo Duarte, que sujetó las voluntades todas y las dispersas ansias de libertad de sus contemporáneos en una sola aspiración, pues ya era perentorio renovar la luz fugazmente encendida por el Dr. Núñez de Cáceres. Esa fué la principal faena de la benemérita sociedad. La fé en la unidad política realizada en su seno, bajo la dirección de Duarte, engendraría después la determinación heroica de Sánchez y de Mella.

La fundación de La Trinitaria no podía ser más oportuna en ese momento histórico cuya trascendencia no debió evadirse a la intuición política de Duarte. Hay un hecho de real trascendencia que puede considerarse como impulsivo en su determinación de constituir en esos días la sociedad que fué génesis de nuestra independencia. El 12 de Febrero de 1838 fué firmado en Puerto Príncipe el nuevo tratado internacional mediante el cual Francia reconocía definitivamente la

(2) José María Serra, Apuntes para la Historia de los Trinitarios. Santo Domingo, 1887, págs. 11 y 12.

soberanía del Estado haitiano. Por una convención de la misma fecha, Haití se comprometía a pagarle a su antigua metrópoli una indemnización de 60 millones de francos, crecida suma que debía satisfacerse no sólo a costa del pueblo haitiano, que era el único deudor de Francia, sino también a expensas de los dominicanos que apenas podían subsistir bajo las exacciones de los dominadores. Este hecho, considerado por los historiadores haitianos como una de las causas de la Separación, que hacía más duro y ponderoso el vasallaje que gravitaba sobre el alma dominicana, ¿no arrancaría del pensamiento de Juan Pablo Duarte la salvadora resolución de apresurarse a fundar La Trinitaria? Tan apremiantes hechos irremisiblemente habían de tener sus inmediatas consecuencias.

Muy a buen hora fué constituida la célebre sociedad, porque en ella se formó esa falange de patriotas que pronto contrarrestaría el creciente prestigio de los afrancesados, que proyectaban convertir la patria en un protectorado de la nación vencida por Sánchez Ramírez en la rota de Palo Hincado; no por desamor a su país, sino porque, como hombres menos idealistas y radicales que Duarte, le buscaban una senda más fácil y segura a la realización de sus patrióticos empeños. Apenas había servido durante un año el cargo de Cónsul General de Francia en Haití que el Rey le había confiado en 1838, cuando L'Assesseur adquirió la certeza de que los dominicanos más eminentes e ilustrados aspiraban a hacerse independientes, según consta en una interesante carta dirigida en Diciembre de 1843 al Ministro de Negocios Extranjeros de Francia, en la que expuso largamente la situación política de aquella época (:). Buenaventura Baez, el más temible y avezado de nuestros viejos políticos, era el portaestandarte de los afrancesados. Y todos los aires de la patria no fueron para su ajena bandera, porque los trinitarios tremolaron con mayor entusiasmo y decisión la enseña que flotaría en el Baluarte del Conde ingrátida de extraños colores.

Las ansias de libertad latentes en el pueblo dominicano salían ya de lo subjetivo y de lo inerte para tornarse acción y realidad. Como toda fuerza requiera la necesaria expansión para crecer y renovarse, las atrevidas representaciones teatrales que tenían lugar en Santo Domingo, en las que se concitaban los patriotas contra el absolutismo de Boyer, fueron el cauce por donde irían esas ansias ensanchándose y transmitiendo el vigoroso

(3) Carta inédita, descrita con el No. 39 en la "Contribución al estudio del Plan L'Assesseur" por el Lic. Máximo Coiscou. Clío, Tercer Fascículo, 1933. Pág. 81.



aliento que contribuyó a trasmutar la obra intelectual de Duarte en la obra militar del General Santana y de sus invictos capitanes. Ya se alistaban los pueblos a entregarse a la empresa preparada por Duarte, cuando éste los contuvo para menguar anticipadamente las fuerzas del temible adversario, sembrando entre sus propias huestes la disensión de que debía sacar efectivas ventajas para la más fácil cristalización de sus propósitos. Era que, de la lejana comarca de Los Cayos, donde el paso de Simón Bolívar dejara gérmenes de libertad que ahora renacían, venían persistentes rumores de que se conspiraba contra el régimen absolutista de Boyer. Duarte comprendió certeramente que era provechoso coadyuvar en el derrocamiento del tirano. Romper la poderosa unidad del gobierno dominador era un anticipo de la victoria definitiva, pues como dice el escritor haitiano Alexandre Bonneau, la primera consecuencia de la revolución de 1843 fué la separación dominicana (4). Como subsecuente resultado de su cooperación en la afortunada revuelta de Praslin, los dominicanos acudidos por Duarte entraron por vez primera en la política militante, con derechos suficientes para inmiscuirse en los negocios públicos, bajo el nuevo gobierno. Tal fué la primera victoria política de Duarte, "triunfo del derecho contra el hecho, precursor del alcanzado después en la noche del 27 de Febrero". Duarte y sus entusiastas compañeros comprendieron que ya tenían ganada la opinión pública, y que ya estaba efectuada la polarización de ideales políticos, labor primigenia que fué la base de nuestra libertad. Pudo afirmarse entonces que la separación de Haití había quedado virtualmente realizada y que sólo faltaba proclamarla. "Ya estaba en sazón aquel elemento étnico superior que,—según Lapouge,—es menester para dirigir los cambios sociales y arrastrar las multitudes (5)." Hasta ese punto llegaba la tarea de aquel hombre superior a quien le dieron el mote de **Quijote dominicano que aspiraba a independizar su insula para entregársela a los Sancho Panzas**

(4) Alexandre Bonneau, Haiti. Ses progrès, son avenir. Paris, 1862. Pág. 123. Ya lo había dicho el Dr. Caminero en unas notas escritas en Washington en 1845: "Como agoviados bajo tan despótica y vergonzoso yugo por 22 años, aprovechándonos de la revolución y caída de Boyer, nos apoderamos en la noche del 27 feb. 1844 de algs. puntos fortificales de la Capital, capitulacn. y evacuación de los haitianos, y la formación del Gobno. provisional. Véase: "Documentos antiguos" publicados por el Lic. Máximo Coiscou. Revista Panfilia, Año II, No. 4, Santo Domingo, 30 Agosto 1924.

(5) R. Blanco Fombona, La Evolución Política y Social de Hispano América. Madrid, 1911. Pág. 36.

que le rodeaban, cuando adversos hados vinieron a empujarle hacia el destierro. Sólo hubiera llegado hasta ahí la trascendental labor de Duarte, y ello bastara para que se le diese el título de Padre de la Patria.

Pero antes de penetrar el corazón del pueblo, la idea separatista sufrió las inevitables desviaciones inherentes a toda innovación política. Como no fué posible extinguir a tiempo las fuerzas y las condiciones sociales que le eran adversas, ni preparásele una base sólida en la conciencia colectiva, comenzaron a manifestarse decididamente las tendencias partidaristas que Duarte pretendía contener, manifestando que "todo pensamiento de mejora en que el sentimiento nacional se postergara a la conveniencia de partidos, debía siempre reprobarse, porque puesto en ejecución constituía delito de lesa patria (6)."

En el momento mismo en que Duarte reclama la acción conjunta de todos los patriotas, el Presidente de Haití acude al frente de poderoso ejército a conjurar la tempestad que se avecina. No logra deshacerla sino aplazarla para mejores días, porque los dominicanos persisten secretamente en sus propósitos. Duarte, ahora en obligado exilio, no pierde la dirección de los separatistas que accidentalmente toma a Sánchez por caudillo, cuyas valiosas actividades de aquellos días quedaron patéticamente consignadas en los dramáticos Apuntes de Rosa Duarte, brevariario de grandezas y miserias que contiene, como un Nuevo Testamento, la Semana Santa de nuestra historia. Ya la nave expedicionaria que espera a Duarte dejará las playas de la hospitalaria isla de Curazao para dirigirse al puerto dominicano de Juan Dolio, donde le aguardarían los primeros soldados de nuestra libertad, cuando le llega la gran nueva: sus partidarios habían dado el grito de independencia anticipándose a su arribo. Por un instante, el más trascendental de nuestra historia, todos los dominicanos se abrazaron a la bandera duartista; todas las fuerzas concentradas en una sola voluntad pusieron al servicio del ideal de Duarte y lo convirtieron en firme realidad. Pero su ausencia de la Puerta del Conde en la noche de Febrero, "a pena de la vida", no rompe la uniformidad de su obra. Duarte era la causa impulsora de la acción, que no podía desvanecerse a falta de su presencia corporal, ya que aquella constituía la serie de las causas y condiciones, el conjunto de los antecedentes sin el cual no se habría producido el efecto. "La creencia en la causa,—dice Locke,—consiste en la convicción de que más allá del fenómeno, es decir, de lo que comienza a existir, hay otra cosa que lo atrae a la

(6) Serra, ob. cit., pág. 19.



existencia. Nada de lo que comienza, comienza por sí mismo ni nace espontáneamente de la nada; pero no puede venir a la existencia sino por la virtud de un ser bastante poderoso para dar el ser. La causa es la acción". Así, pensar como Duarte, y por medio del propio y tenaz esfuerzo lograr que otros realizaran lo que él pensó, es una verdadera acción, la más difícil de todas las acciones.

Apenas había sido proclamada la República cuando la Junta Central Gubernativa suscribía el día 8 de Marzo de 1844 el llamado Plan Levasseur, según el cual la nueva nación quedaba para siempre bajo el protectorado de Francia a cambio de la perpetua cesión de la Bahía de Samaná, nuestra "Viña de Naboth", "bien supremo o grave mal" como la llamara Rodríguez Objío, en uno de sus cantos.

Tan pronto llegó a las riberas del Ozama, el día 14 del mes de Marzo, Duarte comprendió que era urgente destruir los proyectos de los afrancesados, y a ello dedicó su noble inteligencia. En las deliberaciones de la Junta que le constituyó en uno de sus miembros, protestó enérgicamente de tan lesivo plan y llevó su ardiente reconvencción al seno del pueblo y del ejército haciéndoles partícipes de sus principios nacionalistas. A este acontecimiento se refirió más tarde el esclarecido prócer, en estas palabras de su hermosa carta al Gobierno de la Restauración: "me pronuncié contra el protectorado francés deseado por esos facciosos y cesión a esta potencia de la Península de Samaná, mereciendo por ello todos los males que sobre mi han flovido". Y Juan Isidro Pérez, "el ilustre loco", que perdió la razón quizás porque la tuvo más brillante que la mayoría de sus contemporáneos, juzgó con clara lucidez esa labor de su mentor y compañero a cuyo triste retiro enviara estos conceptos de alabanza y de consuelo: "La historia dirá que fuiste el único vocal de la Junta Central Gubernativa que con honradez a toda prueba se opuso a la enajenación de la península de Samaná. La oposición a la enajenación de la península de Samaná es el servicio más importante que se ha prestado al país y a la revolución".

En efecto, el retorno de Duarte significa la conservación de la soberanía en su absoluta integridad, el triunfo del ideal separatista sin restricciones, del legítimo nacionalismo contra las tendencias de afrancesados y españolizados, de esas facciones políticas que fueron origen de la anexión a España y de la frustrada incorporación a los Estados Unidos de Norte América, que tantos infortunios le acarrearón a la Patria. Asimismo, las corrientes reaccionarias de esas liviandades políticas, tienen su origen intelectual en los principios fundamentales de Juan Pablo

Duarte, sea Sánchez, su discípulo en el culto patrio, quien los sustentó, o sea Luperón, que es después de Duarte el más nacionalista de los próceres dominicanos. "El hombre de la idea redentora, —dice don Félix María Delmonte,— era muy capaz de haber dado dirección a la cosa pública. El llevaba en su mente aquella creación política, encarnación feliz de sus largos ensueños, y sólo él por aquel entonces hubiera podido imprimir a la revolución de Febrero el sello de su magnífica concepción, e impedido sus primeros desvíos y sus posteriores claudicaciones". (7)

Sorprende la semejanza del momento histórico de la formación de nuestra nacionalidad con el de la independencia de la Madre Patria, tan certeramente interpretado por Alfonso Reyes. "La guerra de la independencia, —dice,— corría sobre España como corría el fuego sobre aquel incendio de Corinto, para hacer un solo metal de todos los metales fundidos. A veces, se habla del sentido oscuro de los pueblos, del instinto difuso, recóndito, de la patria. A veces esas abstracciones parecen bajar a la tierra, desde el cielo platónico adonde flotan. Pero todo vive diferenciándose, y en aquella bullidora masa nacional pronto se notan las corrientes contrarias. Bajo los estrépitos de la guerra, en las conciencias, cundía ya hasta para dar eficacia al hecho militar bruto e incorporarlo constitucionalmente a la vida española, cundía la discordia de la razón: el equivalente moral de la guerra, que había de hacer de ella un estado crónico para un siglo. En la guerra de independencia se debe buscar algo más que la guerra. La guerra de Independencia no sólo es un acto contra el invasor, sino una ebullición interna. No se logra fundir en uno todos los metales del incendio, que al cabo se reparten en dos, en tres y hasta en cuatro masas principales. Porque no se trata, como los simplistas pretenden, de un choque entre buenos y malos, entre blancos y negros, entre patriotas por una parte y afrancesados por la otra. . . . Vemos, —continúa Reyes citando ahora conceptos de López Aydillo,— tres grandes núcleos de la opinión española: uno, el constituido por los que sin obstáculo aceptaron la soberanía de José Napoleón, y que antes habían aceptado las ideas de la revolución francesa, y a quienes el pueblo apostrofó con el bochornoso nombre de afrancesados, que valía tanto como renegados, antipatriotas, vendidos; otro grupo, nueva casta de afrancesados, fieles a la soberanía nominal de Fernando VII, y adictos a las de la revolución; y un tercer grupo de hombres, con los cuales estaba potencialmente la masa del pueblo, que abominaba

(7) Félix Ma. Delmonte, NECROLOGIA (1876). Listín Diario, Santo Domingo, 26 Enero de 1928.



de los hombres y de las ideas de Francia, leales a su Rey absoluto y devotos de los principios tradicionales. Pudieramos añadir aún una muchedumbre escéptica, propicia a obedecer al vencedor, dentro de la cual no faltaban aquellos que no tenían reparos en especular arteramente merced a las circunstancias. ¿Por qué, como una alucinación, la historia resucita y se reincorpora cada vez que se la recuerda? Cambian los nombres; las masas de opinión permanecen. La raza es dura en sus direcciones fundamentales, cualidad o error, y sólo anda a golpes de disidencia, a empujones de los menos contra los más... Cada uno de aquellos grupos de opinión concebía su España a su modo. Pero a ese segundo grupo, a esos afrancesados que no dejaban de ser patriotas y acaso eran más que todos, tocaba predicar el nuevo evangelio social (8)".

Si esa era en horas tan críticas la situación política de España, nación secularmente instituida, ¿cuál no habría de ser la de nuestra patria, que no había roto aún los velos de la infancia? La propia Francia sufrió tan larga serie de crisis históricas que le hicieron decir al sociólogo Le Bon, que, "para crear en un pueblo como el francés la comunidad de pensamientos y sentimientos que forman su alma, se han necesitado más de diez siglos". Tales ejemplos nos enseñan que debemos darle a nuestra historia un sentido más lógico y humano, aceptando la imperfecta obra de nuestros próceres, como el precioso mineral que ofrece, confundido en sí mismo, el metal y la escoria.

En aquel piélago de miras políticas opuestas Duarte encarnaba la concepción más pura del ideal de independencia: la creación de la nacionalidad sin limitación alguna. Báez y los que con él simpatizaban con el protectorado francés negociado con el Cónsul Levasseur, aspiraban a un cambio político menos radical y previsor porque a la postre habría sido la liberación del amo negro para entregarse al amo blanco. Las prédicas de Gaspar Hernández y de Fray Pedro Pamiés tenían por factores razones étnicas y religiosas, y por objeto, no la institución de la República, sino el retorno a la vida colonial bajo el inerte pabellón de España, liberal protectora del clero que era uno de sus viejos elementos de dominación. El amor que esos ilustres sacerdotes, españoles, le profesaban a la religión que Boyer había desmedrado y que los revolucionarios que le derrocaron amenazaban destruir favoreciendo abiertamente a los misioneros metodistas e ingleses con menosprecio del culto tradicional de los dominicanos, es el airado aliento que sopla en los dis-

(8) Alfonso Reyes, *Retratos Reales e Imaginarios*. México, 1920, pág. 185-187.

ursos pronunciados por ellos en la improvisada iglesia de la Misericordia, en 1842, en presencia de las autoridades haitianas (9). Tanto es así que los historiadores haitianos consideran que ese vilipendio de la Iglesia dominicana fué una de las poderosas causas de la separación (10). En los principios monárquicos del Padre Gaspar Hernández, y en su firme adhesión a la iglesia de que era ardiente defensor, hay que buscar la causa de sus cálidas prédicas contra los dominadores, a quienes condenaba como indignos fieles de Jesucristo. Así, cuando en tierra extraña el Padre Gaspar recibe la noticia de los acontecimientos de Febrero, en sus palabras no hay hosannas ni consejos constructivos para la obra realizada: hay sólo una invitación para el dominar haitiano, excrecencia de odio racial y clerical, y una extemporánea invitación para los dominicanos, a quienes anhelaba ver de nuevo bajo el lábaro de España. El Padre Gaspar Hernández era un retrasado Sánchez Ramírez, no de la acción, sino del pensamiento. Todos, sin embargo, afrancesados y españolizados, contribuyeron eficazmente al triunfo de la causa separatista, por esa misteriosa trasmutación de los actos egoístas de los hombres en bienes colectivos. Los justos motivos que tuvo Duarte, desde el sagrario de su inalterable radicalismo nacionalista y agitado por santa ira, para darle el título de facciosos a los afrancesados, ya no deben de existir para la crítica histórica. La sombra infamante que pesaba sobre ellos se fué desvaneciendo, como el lento caer de un velo que cubriese una estatua.

Había un intocado aspecto de la obra del egregio patricio, que tengo ahora la satisfacción de presentar a la consideración de los amantes de la historia y de los estudios constitucionales: Duarte constitucionista. Como coronamiento de su magna faena de creador Duarte formuló un interesante Proyecto de Constitución del Estado, obra de su pen-

(9) Véanse los siguientes opúsculos: *Discurso Político Moral sobre la necesidad de la Religión para la felicidad de la República, predicado en la Iglesia titulada de la Misericordia de la ciudad de Santo Domingo, por el Padre Fr. Pedro Pamiés, Religioso de la Orden de Menores Observantes de S. Francisco el día 10. de Enero de 1843, en el que celebra esta República de Haití el aniversario de su Independencia.* — *Discurso que en acción de gracias al Todopoderoso, por el feliz suceso del día 24 de Marzo en el grito de reforma dado en esta ciudad, dijo en la mañana del 30 de Abril del mismo año (1843) en la Capilla de la Misericordia el Prebitero Gaspar Hernandez Cura de esta Santa Catedral. Santo Domingo, imprenta nacional.*

(10) Manuel d'Histoire d'Haiti, por J. C. Dorsainvil. Port au Prince, 1925. Pág. 248.





samiento y de sus propias manos, que si tuvo el adverso destino de quedar sin aplicación alguna, en cambio es desde hoy, después de casi un siglo de redactado, nueva y luminosa fuente para el conocimiento de sus ideas políticas, ceñidas indefectiblemente a rigurosas normas de moralidad y de bien públicos.

En esa Constitución florece maravillosamente el idealismo y el fervor patriótico del grande hombre que luchaba con las enteras energías de su alma por la consolidación de la nacionalidad que había creado, en cuya aurora brillaba incierta luz amenazada por violentas ráfagas. Más que una carta política ella es un hermoso catecismo de ética para el Estado y para el pueblo, digno de figurar junto a las adustas páginas de la *Moral Social* que nos dejó el señor Hostos. Por encima de la nó escasa ciencia constitucional, en este precioso documento resplandece el acendrado patriotismo de Juan Pablo Duarte, culto en que su espíritu se abisma, como si bajo el cielo que fué merecida aureola de su frente no hubiese ningún encanto suficientemente sugestivo para arrastrarle hacia menos graves y angustiosos pensamientos.

A lo largo de su proyecto de Ley Fundamental, Duarte reitera el sagrado precepto de la soberanía sin restricciones e inmanente, como él la designaba, estimando seguramente, que no bastaba su simple enunciación puesto que tal persistencia serviría para afirmar los principios nacionalistas que él trataba de incultar en la conciencia de sus conciudadanos. Después de la invocación a la divinidad, el Supremo Autor, Arbitro y Regulador de las Naciones, acostumbrada en los documentos del constitucionalismo de la época, Duarte coloca la magestad de la ley, que él defina como una "regla a la cual deben acomodarse sus actos, así los gobernados como los gobernantes", y señala el proceso que debe regir su formación jurídica. El artículo sexto es particularmente interesante, como se advierte por su simple lectura: "Siendo la Independencia nacional la fuente y garantía de las libertades patrias, la Ley suprema del Pueblo Dominicano, es y será siempre su existencia política como Nación libre e independiente de toda dominación, protectorado, intervención e influencia extranjera, cual la concibieron los Fundadores de nuestra asociación política al decir, (el 16 de Julio de 1838), DIOS, PATRIA y LIBERTAD, REPUBLICA DOMINICANA, y fué proclamado el 27 de Febrero de 1844, siendo desde luego así entendido por todos los pueblos cuyos pronunciamientos confirmamos hoy; declarando además, que todo gobernante o gobernado que la contrarie, de cualquier modo que sea, se coloca ipso facto y por sí

mismo fuera de la Ley (11)". Es oportuno señalar que de ese artículo se desprende una nueva prueba favorable a la fecha clásica de la fundación de la Sociedad La Trinitaria, el 16 de Julio del memorable año de 1838, y nó de 1840 como insinúan algunos.

Según Duarte, las relaciones que debían existir entre la Iglesia y el Estado eran menos estrechas que las consagradas por los Constituyentes de San Cristóbal, para quienes la religión Católica, Apostólica y Romana, que era la del Estado, debía tener "todo el carácter de una institución política". Duarte concebía más avanzadamente el precepto constitucional, al enunciar que la religión **predominante** en el Estado era la que nosotros profesamos, y al consagrar la "libertad de conciencia y la tolerancia de cultos y de sociedades no contrarias a la moralidad pública y a la caridad evangélica", que han sido, históricamente, los primeros derechos individuales reivindicados.

La declaración del régimen de gobierno propuesto, está contenida en el siguiente cánon en que Duarte reitera una vez más el cardinal principio de la soberanía: "Puesto que el Gobierno se establece para bien general de la asociación y de los asociados, el de la Nación Dominicana es y deberá ser siempre y antes de todo, **propio**, y jamás ni nunca de imposición extraña, bien sea esta directa indirecta, próxima o remotamente; es y deberá ser siempre **popular**, en cuanto a su origen, **activo** en cuanto al modo de organizarse, **representativo** en cuanto al sistema, **republicano** en cuanto a su esencia, y **reponsable** en cuanto a sus actos".

Fundado sobre tales bases, peculiares de un gobierno esencialmente nacionalista y democrático, el Estado debía fortalecerse con la más amplia distribución de las funciones de poder; el Poder Municipal, el Poder Legislativo, el Poder Judicial y el Poder Ejecutivo. A las tres clásicas funciones de poder, Ejecutivo, Legislativo y Judicial, Duarte agregaba el Municipal, que Benjamín Constant había adicionado a las concepciones del poder de Montesquieu y de Cleremont Tonnerre, animado del propósito de darle al gobierno de Francia una base de libertad más sólida (12). El Poder Municipal fué reconocido por primera vez en la vida constitucional dominicana, en la Ley Sustantiva de 1865, a raíz de la Restauración, que contó a Duarte entre sus próceres, y mantenida luego en la Constitución del siguiente año. No

(11) Véase el apéndice: PROYECTO DE LEY FUNDAMENTAL, por Juan Pablo Duarte.

(12) Hostos, Derecho Constitucional. Paris, 1908. Pág. 45.





huelga advertir que entre los Constituyentes que redactaron la Constitución de 1865 aparecen dos de los más adictos discípulos y fraternales compañeros de Duarte, Pedro Alejandro Pina y Jacinto de la Concha. Sería difícil conocer los resultados de ese sistema que tuvo tan efímera consagración, porque toda ley necesita cierta perduración para producir sus frutos. La norma no adquiere valor, como observa Pérez Serrano, sino cuando los años han ido revistiéndola de aquel poder misterioso y sugestionador, que determina el asentimiento prestado inconscientemente al lejano y consagrado. El eminente Profesor Duguit considera la concepción del Poder Municipal como un producto histórico que los legisladores franceses de 1789 mantuvieron porque cuadraba perfectamente con la doctrina metafísica de los poderes separados y de la soberanía indivisible, y porque correspondía a las tendencias descentralizadoras de la época (13). Tales eran las ideas políticas de Duarte en aquellas horas de convulsión, en las que pretendía obtener el ordenamiento de la sociedad y garantizar, principalmente, la amenazada libertad de sus conciudadanos.

Infortunadamente, el esbozo de Constitución trazado por Duarte ha llegado incompleto hasta nosotros. La parte casi desconocida ahora comentada ligeramente, hallada cuando se estimaba perdida en el naufragio de los archivos nacionales, no muestra la fecha de su redacción, pero puede afirmarse que fué escrita hacia los meses de Marzo a Julio de 1844, en aquellos días críticos en que todas las fuerzas de la mente y del espíritu de Duarte se agitaban frente a los empeños anexionistas de los que, faltos de fé en los recursos heroicos y en el denuedo de los dominicanos, no concebían que la Patria lograra subsistir sin entregarla a la interesada protección de Francia o de otra nación cualquiera que fuese como invencible luz opuesta a las siniestras sombras que surgían de Occidente.

En la vida de los grandes hombres ocurre lo mismo que en los árboles: a los golpes del hacha inanimada responden con esencias y retoños, con nueva y exuberante vida. Así, mientras algunos luchan tendenciosamente por menoscabar las glorias del Padre de la Patria, de él mismo surge inesperada y victoriosa luz; porque quien fué sufrido mártir de la ambición de sus contemporáneos, es aún víctima propiciatoria de la incomprensión y de interesados juicios cuya propia inanidad los convierte en calumnias de la historia. En su reciente libro sobre los **Hombres Geniales** dice Kretschmer que "el origen de la gloria

del genio o fama está intensamente condicionada por la **coyuntura sociológica**. En la duración relativa de la fama está el principal motivo diferencial entre el auténtico genio y el falso o circunstancial. A este último lo olvida pronto la historia, mientras que los verdaderos valores personales resisten la prueba del fuego de la sucesiva antítesis a que toda gloria está sometida en las síntesis culturales de las siguientes generaciones. Entonces las magnitudes típicas de la moda se esfuman en las ulteriores críticas históricas de la ciencia y el arte, o sólo se las menciona después como curiosidades del estilo de una época, mientras aquellos valores, fundados en las leyes de la psicología humana, adquiere un relieve cada día mayor. Sólo algunas personalidades mal conocidas pueden escapar a esta ley (14)". Duarte ha resistido victoriosamente todas las pruebas del fuego de las antítesis, de que habla el sociólogo alemán, tanto ayer como ahora, que hasta se pretende desconocerle la virtud de la determinación heroica, olvidando las distintas ocasiones en que él se vió sobre las sirtes de mortal peligro, principalmente cuando aparece inesperada y misteriosamente en el mismo teatro de la guerra restauradora, odisea que no tiene la resonancia de la epopeya de Febrero, pero sí tan arriesgada para Duarte y el puñado de valientes que le seguían, llenos de fé, como a un apóstol que los reclamos de la patria en peligro convirtieran en soldado.

En verdad que Duarte no es un héroe, a la manera de Luvergé ni de Cabral, que deja atrás a sus soldados, en medio del combate, para encender su espada con la sangre de Anton Pierre. El fué un "héroe de sacrificio, la única clase de héroes legítimos que ha producido nuestra patria". Por eso no podía pedírsele que produjera lo que estaba en contraposición con su carácter, ni reprochársele que no hiciera la obra secundaria cuando hizo la obra primordial, que no es patrimonio sino de pocos mortales el pensamiento y su realización perfecta. Nada importa, sin embargo, que Duarte fracasara como político, en el sentido vulgar de la palabra, cuando el mismo Bolívar sufrió idéntico fracaso, a pesar de su genio y su destreza en el manejo de la pluma y de las armas.

Por todo ello, con el mismo aliento cívico que arde en las unánimes protestas cuando inconsultamente se pretende atentar contra la perdurabilidad de nuestros venerandos monumentos históricos, así debemos impedir que desmedren nuestra historia, secándole

(13) Duguit, *Droit Constitutionnel*, Paris, 1924. Tomo 4, p. 731.

(14) Cita de G. R. Lafora, *La personalidad y el carácter de Cajal*. En "Tierra Firme", Núm. 1, Madrid, 1935.





sus claras y sagradas fuentes o enturbiándolas con intención inocultable. Duarte es de la clase de próceres que necesita nuestra patria; es el patricio cuya veneración urge fomentar en el espíritu de las generaciones dominicanas; nó el culto de héroes a veces sin principios, cuyo valor, que es planta vulgar en nuestra tierra, los encumbró a las primeras magistraturas del Estado, donde fué una fatalidad que se pusiese a prueba el patriotismo cien veces demostrado en la batalla. El héroe es un sol cuya luz no necesita señalarse, pero que toma sus resplandores del fiat-lux que rige el universo. La voz del génesis, como el pensamiento del patriota, perdida y quizás olvidada en la inmensidad de lo creado, es la estrella inapagable que, para sorprenderla y admirarla en su radiante plenitud, es menester mirar hacia la altura. En ella hay que buscar a Duarte, por encima de los hombres de su tiempo y de la informe obra de los héroes y de los políticos mezquinos que lo convirtieron en el Aristides dominicano, al hundirlo en las tristezas y desazones del destierro.

El patriotismo sin par de Juan Pablo Duarte, su radical nacionalismo, sus saluda-

bles ideas políticas, su religiosidad, su misticismo, su grandeza en la adversidad, su culto de la amistad, su abnegación, su estoicismo y hasta sus eternos infortunios, son atra-yentes fases de su vida, merecedoras de estudios especiales que vayan constituyendo los elementos necesarios para su biografía definitiva, porque ya está cercano el centenario de la República concebida por él, sin que se le haya erigido en la literatura histórica dominicana, junto al que dejó la mágica pluma de Tejera, el monumento digno de sus glorias, más perdurable y aleccionador que el bronce inerte que se levanta en la plaza de su nombre inmortal.

Dice Ortega y Gasset, que "el sistema de ilusiones de cada persona es lo que constituye su vida". Tras ese prisma debemos contemplar a Duarte; que en el conjunto de sus virtudes, de sus obras y de sus eternas ilusiones de patriota sorprenderemos en su magna grandiosidad la personalidad que no es aún popular en nuestra América, por falta de clarines que pregonen su gloria, la más pura, la más alta, la primera en la historia y en el corazón de los dominicanos.

12 de Octubre de 1935.

## Discurso de recepción y de bienvenida, leído por el Maestro Dr. Fed. Henriquez y Carvajal, Presidente de la Academia

Señores Académicos;

Damas i Caballeros:

Acabais de oír una afirmación i ahora oíréis una confirmación.

Duradera como pocas, i quizás como ninguna de las más antiguas, ha sido en el curso de los siglos i llega hasta la centuria que cerrará el segundo milenio de la era cristiana, la tradición que fija en la edad proyecta la aptitud i la experiencia necesarias para el ingreso en determinadas corporaciones de índole científica o de carácter político. La senectud ha sido, en un lapso de evos, una credencial para quien aspira a ocupar la curul patricia en el Senado o el sillón alfabético en la Academia. **Fortunate senex!** cantó el cisne de Mantua...

Desde el alba de la vida histórica, cuando las tribus nómadas se hicieron sedentarias i hubo el gobierno de facto, pues el de jure advino como consecuencia del régimen jurídico del Estado, en las tres secciones continentales del mundo antiguo establecióse el Consejo de los Ancianos. Era un grupo selecto. Componíase de sacerdotes de luengas barbas encanecidas, fluminenses, al servicio del culto religioso sobre el ara de la tumba, i de

jueces, no meros seniles i venerables, no para detener el sol como Josué, sino para impartir justicia aunque fuese como el famoso Alcalde de Zalamea.

Africa i Asia dan testimonio de ello. Así lo hubo en Egipto, en China, en Caldea, en Arabia, en la Judea i en la India. Europa pisó sobre sus huellas. Grecia i Roma, cada una a su turno, instituyó tales consejos con venerables patricios o con ciudadanos conspícuos, a quienes casi nunca se les jubilaba. Húbulos también en el Nuevo Mundo. Húbulos en la indeterminada época precolombina. Los monarcas del Anahuac i de México, los incas del Perú i del Cuzco, los caciques del Caribe i de las Antillas, respectivamente, contaron con el voto consultivo de su experiencia. El Consejo de los Ancianos parece haber dado origen a esa tradición milenaria. Es una hipótesis admisible.

Pero la tradición, aún la de mayor arraigo i aún cuando llegue a convertirse en una costumbre, como cualesquiera otras manifestaciones de la vida social o de la vida política, no está fuera de la lei sociológica de la evolución indefinida. Así se vió en el siglo décimonono, que no en vano se ciñe el lauro épico de la independencia bajo el régimen

